

Aulas, ¿para qué?

Roger Schank

Especialista en Ciencias del Aprendizaje. Doctor y director ejecutivo de Socratic Arts
roger@socraticarts.com

Cuadernos de Pedagogía, Nº 473, Sección Monográfico, Diciembre 2016, Editorial Wolters Kluwer, ISBN-ISSN: 2386-6322

Ante la imposición de currículos cada vez más exigentes y opresivos, cobra valor el debate sobre la necesidad de priorizar los intereses del alumnado. El autor de este trabajo cuestiona la viabilidad de un sistema educativo que no ayuda al estudiante a encontrar su vocación y que no permite a los niños poner en práctica su talento natural.

Las aulas son una mala idea. Se crearon simplemente porque resulta económico agrupar a un profesor con treinta o cuarenta niños. Un padre nunca pondría a sus propios hijos en fila y les daría una clase, ni intentaría enseñar algo a todos a la vez. Un buen padre permite que sus hijos hagan lo que les interesa y luego intenta estar disponible para ayudarles cuando y como pueda. Los niños tienen sus propios objetivos. Los padres pueden intentar despertar en sus hijos el interés por cosas nuevas, pero, a menos que sean muy rígidos, no les obligan a hacer cosas que no les interesan.

Las escuelas se comportan de una manera totalmente diferente. Hay asignaturas obligatorias, las lecciones están preparadas y los niños se examinan para comprobar si han aprendido lo que la Administración educativa ha determinado que deben saber. Como resultado, los niños que están ilusionados en algo tienen que concentrarse en otra cosa diferente. No se estimula al alumnado a mejorar en aquello para lo que tiene más talento, sino que les pedimos que se esfuercen en realizar tareas en las que no destacan. En definitiva, se les obliga a aprender los contenidos que por alguna razón están de moda en ese momento. En 1892, uno de esos contenidos era el álgebra, y ahora no hay manera de eliminarlo del currículo escolar, a pesar de que en la vida cotidiana no lo utilizamos. Algunos libros del siglo XIX todavía son considerados contenidos de moda. En Estados Unidos, no sé por qué, todo el mundo debe leer a Dickens. Recientemente hemos establecido nuevos contenidos del momento. "Todo el mundo debe aprender a programar", dijo el presidente Obama (que seguramente no sabe programar). Y, de repente, CTIM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemática) constituye un conjunto de disciplinas muy importante, por alguna razón que no llego a entender.



Que cada uno sea quien quiera ser

Las escuelas tienen que contemplar y potenciar el aprendizaje basado en la vida real. Los niños tienen que poder elegir qué es lo que quieren aprender e involucrarse en proyectos reales recibiendo ayuda de expertos durante el proceso. Debemos ofrecer al alumnado miles de opciones y eliminar los currículos escolares obligatorios. No todo el mundo es igual: permitamos que la gente sea quien quiere ser.

Afortunadamente, ha sucedido algo importante: la economía ha cambiado. Antes una universidad podía justificar que un profesor diese una charla a mil personas a la vez porque era económicamente eficiente; no obstante, esto ahora no tiene sentido. Esforzándonos mucho, pero con un gasto mínimo (teniendo en cuenta la cantidad de dinero que el gobierno gasta en puentes, o en armas, o en cualquier cosa excepto en crear nuevas posibilidades educativas), podríamos cambiarlo todo.

¿Cómo conseguimos esto? Recientemente se han creado muchísimos cursos en línea. Estos cursos intentan reproducir exactamente los cursos basados en un aula, a los que están sustituyendo. Esta fórmula no tiene sentido porque los cursos presenciales están limitados por la idea de que debería haber lecciones, se necesita una cantidad de material estipulado que se debe aprender y los estudiantes tienen que ser evaluados para verificar que han aprendido.

Además, los cursos en línea están diseñados para encajar con el sistema de cursos que ya existe, y eso significa que tienen que tener una cierta duración y ocupar más o menos una quinta parte del día del estudiante, mientras este sigue otros cursos en línea en los que no tiene ningún tipo de interés. Los estudiantes aceptan todo esto porque quieren obtener algún tipo de certificado, títulos con su nombre que muestren que se han graduado en algún centro, lo que en realidad solo demuestra que han hecho todos los cursos que les pedían. Nuestro sistema educativo actual enseña muy poco de lo que realmente vale la pena saber, y pierde de vista la importancia del saber hacer. Las personas aprendemos haciendo. Sin embargo, seguimos insistiendo en un conocimiento estático y en contenidos arbitrarios que todo el mundo

debe saber. Las nuevas tecnologías pueden ayudarnos a modificar esta tendencia.

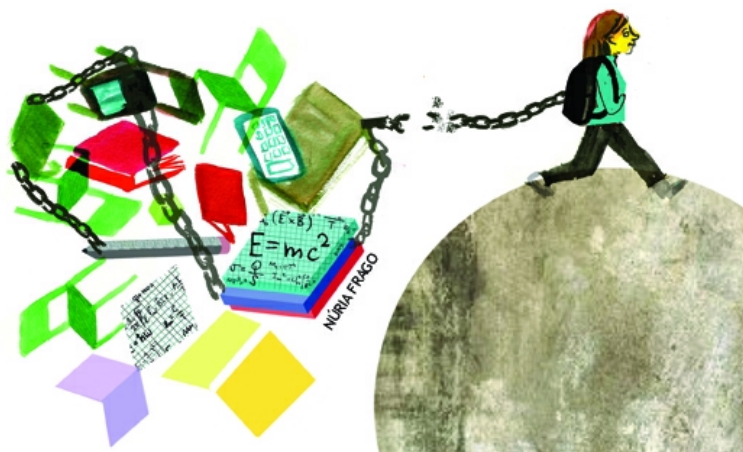
De proveedores a motivadores

Para cambiar todo esto necesitamos usar ordenadores de la forma adecuada en educación. Está a nuestro alcance, y debemos diseñar miles de nuevos currículos educativos que ayuden a los estudiantes a aprender lo que más les interesa. El papel del profesor debe cambiar. No deberían ser proveedores de conocimiento e información. En vez de eso, tienen que actuar como personas que hacen que los estudiantes estén centrados, ilusionados y trabajen bien en grupo. Tienen que motivarlos para conversar sobre lo que están haciendo, permitiéndoles reflexionar acerca de sus acciones y mejorar sus capacidades.

Las actividades extracurriculares que las escuelas ofrecen actualmente no están deterioradas. Solo el currículo, en sí, es inservible. Las escuelas siguen enseñando las mismas asignaturas. ¿Por qué aprendemos historia, por ejemplo? Cuando hago esta pregunta en España, la gente se disgusta mucho conmigo. ¿Todo el mundo debe saber historia?, ¿por qué?, ¿cuánta es cierta? A menudo les echo en cara, a la gente de España, que la única cosa que yo conozco de su historia (concretamente, la Inquisición española y la masacre y conquista de América del Sur) no se menciona en las clases de historia española. (No me estoy burlando de España específicamente; en todos los países ocurre lo mismo.) A los americanos les enseñan que nunca han empezado una guerra y nunca han perdido una guerra. ¿En serio?

Cada asignatura que enseñamos es un desastre. ¿Cuándo fue la última vez que cuadraste una ecuación química, o has usado la fórmula cuadrática, o has necesitado saber la raíz cuadrada de un número? Los americanos están obsesionados con la enseñanza de Dickens, la mitología griega y Shakespeare. Los españoles están obsesionados con Cervantes. No tiene ningún sentido. Estos hechos se justifican porque hemos formulado la idea de que una persona con estudios, con el fin de ser un miembro de la sociedad en la que vive, debe conocer la cultura común.

Esto suena muy bien, pero no funciona así. La mayoría de los estudiantes ni aprenden ni recuerdan nada de esto. Las escuelas actúan como si su trabajo fuera a crear intelectuales, cuando su verdadero trabajo es crear ciudadanos felices y productivos que puedan pensar claramente y representar bien sus propios intereses.



Un impulso hacia la realidad

¿Cómo podríamos conseguir esto? Podríamos y deberíamos permitir a los estudiantes llevar a cabo actividades reales cada día, actividades elegidas por ellos, y deberían poder cambiar de idea cuando quisieran. ¿Te interesa la medicina? Intenta trabajar en un hospital o ayudar a cuidar a personas mayores. ¿Te interesan las leyes? Asiste a los juzgados y escribe un informe sobre lo que se ha dicho allí. ¿Te interesan los niños? Hazte voluntario en una guardería. ¿Quieres empezar un negocio? Entra en un negocio que ya existe o incluso intenta empezar uno. ¿Quieres ser escritor? Escribe e intenta que publiquen tu trabajo.

¿Cuál es el papel de la escuela en esta dinámica? Los estudiantes deben ser supervisados por su seguridad. Las escuelas necesitan organizar este tipo de actividades. Los profesores tienen que motivar a sus estudiantes a conversar, animándoles a escribir y a hablar sobre sus experiencias.

Lo que necesitamos, simplemente, es deshacernos del actual currículo educativo. Tenemos que dejar de decir a nuestros estudiantes qué tienen que aprender y alentarles a seguir sus propios objetivos, ayudándoles en el camino.

Quiero finalizar con una historia protagonizada por mi hijo, como ejemplo de lo que estoy proponiendo.

Cuando mi hijo era pequeño, solíamos ir a visitar a mi madre a Nueva York (que está más o menos a una hora y media de Yale, donde entonces trabajaba). A mi hijo le encantaban esos viajes porque teníamos que usar el metro de Nueva York. Me suplicaba que le dejara ir solo a los sitios, así que, a veces, le sentaba en el tren y yo me sentaba en el siguiente vagón. Entonces tenía 8 o 9 años. Esto puede que parezca un disparate hoy en día, pero yo viajé por todo Nueva York en el metro cuando tenía 8 años.

Cuando mi hijo tenía 10 años, mi familia y yo nos mudamos a París (de esta manera todos podríamos aprender francés, conocer una nueva gastronomía y vivir nuevas experiencias). Cuando llegamos, llevé a mi hijo al metro de París. Le enseñé cómo leer un mapa y cómo comprar un billete, y luego le dije: "Adiós". Su respuesta fue: "¿Por qué me has privado de esta experiencia hasta ahora?". Estaba en la gloria. Cuando no tenía clase recorría todas las líneas de metro, se paraba en cada estación, y después de recorrer toda la red de metro empezó a explorar el sistema de autobuses de París.

He viajado bastante por el mundo y siempre que podía me llevaba a alguno de mis hijos conmigo. Llevé a mi hijo a Tokio cuando tenía 14 años, y nunca salía a la superficie. Simplemente, iba en metro.

Pasados unos años, empezó su formación superior, concretamente en la Universidad de Columbia, en Nueva York -que eligió, en parte, por la red de metro de la ciudad-. Me llamó por teléfono al cabo de una o dos semanas y me dijo: "He decidido estudiar historia". Le dije que cogiera un avión inmediatamente y que viniera a casa (en ese momento vivíamos en Chicago), ya que yo no iba a pagarle la carrera para que se convirtiera en historiador. Contestó de modo sarcástico: "Bueno, pues, ¿qué debo estudiar?". Contesté: "Metros". Él preguntó: "Cómo se hace eso?". Y le dije: "Espabilate tú mismo".

Llamó por teléfono unos días más tarde para decirme que había encontrado un seminario en transporte pero, como era principiante, seguramente no le admitirían. Yo le dije que sí lo harían si insistía lo suficiente y, efectivamente, le admitieron. Se matriculó para estudiar planificación urbanística, fue al MIT a estudiar un máster y volvió a Columbia para estudiar un doctorado en transporte.

Su primer trabajo fue como asesor de transporte para Hillary Clinton, que entonces estaba en el Senado. Luego pasó a trabajar en diferentes puestos y finalmente se convirtió en jefe del grupo de expertos de transporte en Washington DC. Unos meses más tarde fue contratado como el primer director de innovación del Departamento de Transporte del condado de Los Ángeles.

Está haciendo lo que ama. Está contentísimo de ir a trabajar cada día. Sueña con futuros sistemas de transporte y siempre lo ha hecho. Estoy seguro de que recibirá más ofertas profesionales emocionantes.

El verdadero papel de la escuela

¿Cuál fue mi papel en todo esto?, ¿qué le "enseñé"? Nada de nada. Le escuché. Vi la persona que era. No hizo realidad ninguno de mis sueños. Yo solo le ayudé a ser lo que él quería ser.

Este es el verdadero papel de las escuelas, ya que no todos los padres pueden ver lo que su propio hijo podría ser, ni pueden ofrecerle la ayuda adecuada. La tarea de la escuela es facilitar una entrada al mundo real que anime a los estudiantes a aprender a comunicarse, tomar decisiones, diagnosticar problemas, evaluar soluciones, formular predicciones y diseñar buenos proyectos. Las escuelas tienen que entender que su trabajo no es enseñar a memorizar cosas: su verdadera tarea es ayudar a los estudiantes a descubrir quiénes son y qué quieren ser, y ayudarles a conseguirlo.